

tuidas é hicieron cesar esta efusion de sangre cuyos pormenores horrorizan.

Se publicaron diversas relaciones, escritas por muchos presos que se escaparon de esta carnicería; pero como ninguna de ellas puede estar exenta de la sospecha de exageracion, prefiero la de un testigo imparcial de una parte de estas horribles escenas, tan ageno de la causa de las víctimas como de la de los verdugos, y á quien no movia otro interes que el de la humanidad. Era este el duque de Montpensier, hijo del duque de Orléans, que en compañía de su hermano menor, el duque de Beaujolais, se hallaba preso en el fuerte de San-Juan, como lo habia estado su infeliz padre. He aquí la relacion que hace este jóven príncipe de las atrocidades ejecutadas en esta prision.

«A cosa de las cinco de la tarde, mientras Beaujolais y yo nos entreteniamos en dibujar, hirieron súbitamente nuestros oidos los gritos de: *¡A las armas! ¡Alzad el puente!* y corriendo al momento á la ventana que daba al patio, vimos los soldados de guardia acudir á su puesto, y dirigirse apresuradamente hácia el puente levadizo. Un instante despues volvieron con el mayor desórden estos mismos soldados¹, á quienes seguian una multitud de hombres armados de sables y pistolas, sin uniformes, y arremangados la mayor parte hasta mas arriba del codo. Descubriáse en medio de ellós

¹ Manoly, secretario y ayudante del comandante del fuerte, favoreció la entrada de los asesinos de la *compañía del Sol*.

un oficial, llevado en brazos, y herido si se diese crédito á las apariencias. Cantaban con voz atronadora la estrofa siguiente de la cancion titulada *Réveil du peuple*¹:

Manes de la inocencia, vuestro llanto
Y vuestro encono en el sepulcro cese;
La venganza, aunque tarde, ya aparece
En los verdugos imprimiendo espanto.

«Era imposible tener la menor duda en cuanto á las intenciones de estos frenéticos, ni aun respecto de la facilidad con que podrian ejecutarlas, puesto que habian logrado entrar en el fuerte, y parecia que los soldados no les ponian ninguna resistencia. Seguramente no éramos nosotros del número de aquellos contra quienes dirigian sus tiros; pero no habia tanta seguridad de que hallándose embriagados como parecían, y lo estaban en efecto, no llegásemos á ser víctimas de un error que pudiesen en tal estado cometer. Conforme á estas reflexiones que nos ocurrieron de repente, nos apresuramos á barrear nuestro encierro de la mejor manera que nos fue posible. En un momento amontonamos detras de la puerta mesas, sillas, troncos, asadores y otros instrumentos de cocina, y en caso de ser forzado este antemural estábamos resueltos á arrojarnos por las ventanas

¹ He hablado ya de esta cancion que no respira mas que furor y venganza, la cual se cantaba diariamente despues del 9 de termidor en las plazas públicas y en todos los teatros antes de darse principio á la representacion.

que estaban sobre el mar. Apenas habíamos concluido de fortificarnos de la manera dicha, cuando llaman á nuestra puerta y como no respondiésemos por lo pronto, se repiten los golpes y oímos estas palabras que se nos dirigen en voz esforzada: *¡Abrid, quien quiera que seais! no queremos haceros mal; traemos al adjunto del comandante del fuerte, que está moribundo, y no podemos ponerle en ninguna otra parte, porque todos los cuartos están cerrados*¹.

«Entonces respondimos que si podíamos prestar algun socorro al adjunto, lo haríamos con tanto esmero como placer; pero que les rogábamos que parasen la atención en que la causa de nuestro arresto no tenía ninguna relación con el jacobinismo, antes era de una naturaleza absolutamente opuesta. A esto contestaron que lo sabían, y nos pidieron con instancia que abriésemos pronto, porque el tiempo urgía y no convenía perderle. Con tales seguridades nos resolvimos á abrir la puerta.

«Entran inmediatamente diez ó doce jóvenes, bastante bien vestidos, pero todos arremangados y con el sable en la mano, los cuales traían al adjunto que colocaron en mi cama. En seguida, dirigiéndonos la palabra: *¿No sois, nos dijeron, los señores de Orléans?* y habiéndoles respondido que sí, nos aseguraron que lejos de intentar quitarnos la vida, la defenderían con todo su poder si estu-

¹ Este adjunto del comandante del fuerte se llamaba *Vavasseur*.

viese en peligro; y que el acto de justicia que iban á ejercer contribuiría tanto á nuestra seguridad como á la de ellos y á la de todos los hombres de bien. Luego nos pidieron aguardiente que no teníamos, y que ciertamente no les hacía mucha falta; pero hallaron una botella de anisete que echaron en algunos platos; la bebieron y salieron, recomendándonos que tuviésemos cuidado con el adjunto; y, fuese con el objeto de guardar á este, ó de impedir que cometiesen sus camaradas algun error fatal con respecto á nosotros, quedó uno de ellos de centinela á nuestra puerta.

«El adjunto estaba tan pálido como si estuviese muerto, y nos costó bastante trabajo el hacerle recobrar el conocimiento, sin embargo de que no estaba herido como se creía. Le habían desarmado arrebatadamente pero sin hacerle el menor rasguño, y la única causa de su desmayo había sido el espanto que le había causado esta ceremonia, á que se agregaba el que debía causarle la idea de las consecuencias que de esto iban á resultar. Vuelto en sí, quiso salir para tratar, decía, de oponerse á la horrible escena que estaba para ejecutarse; pero se lo impidieron dos centinelas que halló á la puerta, apostados en ella por los degolladores.

«En este momento oímos fuertes golpes con que se trataba de hundir la puerta de uno de los calabozos del segundo patio, y poco despues espantosos alaridos capaces de quebrantar el corazón mas empedernido, mezclados de una algazara que ma-

nifestaba el regocijo de los que la hacian; se nos heló la sangre en las venas y guardamos el silencio mas profundo. Al cabo de unos veinte minutos que duró la carnicería de este calabozo, oimos la horrible tropa que volvia al primer patio al cual daba una de nuestras ventanas, y habiéndonos acercado á ella por un movimiento maquinaal difícil de describir, vimoslos forcejar por echar abajo la puerta del calabozo número 1, colocado frente por frente de nuestra ventana, y en el cual habia unos veinte presos. Por fortuna la puerta se abria hácia dentro y estaba tan bien atrancada y barrada, que despues de haber hecho inútiles esfuerzos por espacio de mas de un cuarto de hora, tuvieron los degolladores que abandonarla, habiendo antes disparado algunas pistolas por en medio de los barrotes, y prometido que volverian luego que hubiesen despachado á los demas presos. Antes de venir al número 1, ya habian degollado unos veinticinco en el otro calabozo.

« A cosa de las seis llegó á nuestra puerta el comandante del fuerte conducido por dos de estos señores que no le habian dejado mas que la vaina de su sable, y le encerraron con su adjunto y con nosotros. Se habia presentado en el puente levadizo que habia hallado levantado, y no pudiendo conseguir que se bajase, habia tomado el partido de escalar el fuerte por el foso, pero apenas habia entrado cuando le desarman y le conducen á nuestra pieza. Echaba pestes, votos y juramentos,

se mordía los puños y afeaba á su adjunto el miedo y espanto que estaban pintados en la palidez de su rostro¹.

« Oíanse sin interrupcion los gritos de las víctimas, y los pistoletazos, sablazos y porrazos de sus asesinos. Serian las siete cuando oimos un cañonazo disparado en el fuerte, y despues supimos que los matadores le habian disparado á metralla contra el calabozo número 9², cuyos presos que eran mas de treinta fueron muertos de esta manera ó quemados; porque con el fin de que la *tarea*, segun la odiosa expresion de aquellos, se despachase mas apriesa, habian imaginado poner fuego al calabozo; despues de haber introducido gran cantidad de paja por los respiraderos.

« Siendo ya noche cerrada y cerca de las nueve oimos decir en el primer patio: « ¡Ved los representantes del pueblo! es necesario bajar el puente, pues nos amenazan con que nos tratarán como rebeldes, si lo diferimos un momento. — Yo me c... en los representantes, dijo uno, y levantaré la tapa de los sesos al primer cobarde

¹ Esta relacion, escrita con candor y sin mezcla de ninguna de las exageraciones del espíritu de partido, merece la mayor confianza. El señor Pagès, que era entonces comandante del fuerte, en una carta que escribió desde la cárcel de Niza al representante Fréron, hace una relacion bastante conforme con la del duque de Montpensier. Cierito es que el comandante Pagès no estaba en el fuerte al empezar la carnicería; pero no lo es menos que su secretario Manoly dirigia la compañía del Sol en sus sangrientas ejecuciones.

² Este hecho es conforme al que se halla en los documentos justificativos, nº 6, de las Memorias de Fréron.

« que quiera obedecer sus órdenes. Vamos camaradas á la TAREA ; bien pronto habremos dado fin « de ella. » Mientras se alejaban estos, los dos soldados de la guardia bajaron el puente y entraron los representantes en medio de hachones, y acompañados de un gran número de granaderos y de húsares á pie. « ¡ Desdichados ! exclamaron al entrar, « ¡ haced cesar vuestra horrible carnicería ! ¡ en « nombre de la ley os conjuramos que ceseis de « abandonaros á tan odiosas venganzas ! » A lo cual respondieron muchos de los asesinos : « ¡ Si la ley « nos hubiese hecho justicia con estos malvados, « no nos hubieramos visto reducidos á la « NECESIDAD de tomarla por nuestras manos ! « ahora las cartas estan dadas, y es menester juzgarlas. »

Entre estas víctimas debian hallarse ciertamente hombres culpables de las atrocidades que se les imputaban ; ¿ pero lo eran todos ? Y aun cuando lo fuesen, ¿ correspondia á una juventud desenfrenada, sin ninguna autorizacion legal el tomarse la justicia por sus manos, atropellar las leyes, y rebelarse contra el órden establecido ? Si las víctimas eran delincuentes, no lo eran menos sus verdugos ó por mejor decir sus asesinos. No se han de castigar los crímenes con otros crímenes. Estos asesinatos se suponian reducidos á la necesidad de tomarse la justicia por sus manos ; ¿ pero donde estaba semejante necesidad ? Hombres encerrados en los calabozos de un fuerte no son nada peligrosos. Todas

las circunstancias acusan, y ninguna hay que justifique á estos degolladores.

« Continuaba la matanza sin interrupcion, añade el duque de Montpensier. « ¡ Granaderos, gritaron « los representantes, apresuraos á detener á estos « frenéticos y que se haga venir aquí al comandante del fuerte ! ¿ donde está, pues ? »

Luego que se les dijo que estaba encerrado en una pieza del fuerte, pasaron á ella y deliberaron con él. « Llegaron entonces cinco ó seis degolladores, todos bañados en sangre. « Representantes, « dijeron estos, dejadnos acabar nuestra TAREA, « que es obra de poco tiempo, y no os pesará de « ello. No hemos hecho mas que vengar á nuestros « padres, á nuestros hermanos, á nuestros amigos, « y VOSOTROS MISMOS SOIS QUIEN NOS HABEIS EXCITADO « A HACERLO ¹. »

¹ Parecia que estos representantes, *Cadroy é Isnard*, autorizaban sordamente estas matanzas; agreguemos al testimonio del duque de Montpensier el del capitán de granaderos, *Lecesne*, y los de algunos otros granaderos de la escolta: ¡ Qué cobardes sois ! dijo *Cadroy* á los degolladores, no habeis aun acabado de vengar á vuestros padres y á vuestros parientes, sin embargo de haber tenido sobrado tiempo para ello. » (*Mémoires de Fréron, pièces justificatives, pag. 134.*)

Segun la declaracion que hizo *Uris Bruno* como testigo en el sumario de esta horrible expedicion, *Cadroy* dijo á los degolladores: « ¿ Qué ruido es ese ? ¿ No podeis por ventura hacer con silencio lo que haceis ? Cesad de disparar esos pistoletazos. ¿ Para qué son estos cañones ? esto hace mucho estruendo y sobresalta la ciudad. » En seguida al salir de la cantina dijo *Cadroy* á los matadores: « ¡ Hijos del Sol ! á vuestra cabeza estoy, moriré con vosotros si es menester ; pero. ¿ no habeis tenido bastante tiempo ? Cesad, basta ya. » Le rodearon los degolladores dando gritos, y entonces les dijo :

«— ¡Arrestar á estos malvados!» dijeron en alta voz los representantes. Fueron en efecto arrestados catorce, que tardaron pocos dias en verse en libertad¹.

«Así terminó esta expedición nocturna cuyo resultado fue la muerte de ochenta infelices², de los cuales muchos eran inocentes, y entre estos se hallaba un zapatero que no estaba preso sino por haber gritado *¡viva el rey!*»

«Al día siguiente estaba el fuerte cubierto de cadáveres y de moribundos cual si fuese un campo de batalla; veíanse también espantosos charcos de sangre, y para que no faltase nada de cuanto podía recrecer el horror que inspiraba este lugar, el aire se hallaba infestado con el humo que exhalaban los calabozos incendiados.

¹ Me voy, continuad vuestro trabajo. » (Pièces justificatives des mémoires de Fréron, pag. 135.)

Cito y no fallo.

² Todas las declaraciones estan conformes en este punto; el capitán de granaderos Lecesne dice que entre los asesinos encontró un oficial de cazadores disfrazado; el representante Cadroy se le arrancó de las manos, le hizo poner en libertad y salir del fuerte. Añade el mismo que había hecho cercar á catorce asesinos cogidos infragante, que dos días despues fueron estos puestos en libertad, que los granaderos que los habían preso fueron denunciados al club como terroristas, y que á él mismo se le hizo salir de Marsella despues de habersele insultado; añade además que ha reconocido entre los degolladores al *gran Dragon* y á *Duteil* de Leon, uno de los gefes de la *compañía de Jesus*. (Mémoires de Fréron, pièces justificatives, pag. 133, 134.)

³ Fréron dice en su Memoria pág. 50: « Se hace ascender á doscientos el número de los presos que perecieron en esta abominable expedición. » Entre los documentos justificativos de esta memoria

«Entonces fue cuando descubrimos horrorizados; debajo de nuestras camas y de algunas de las sillas, tres ó cuatro puñales ensangrentados hasta la guarnición. Es probable que habían sido arrojados allí por aquellos asesinos, que se habían introducido en nuestra pieza en medio del tropel que seguía á los representantes, con el fin de des-embarrassarse de aquella prueba de sus crímenes.

Muchas víctimas de esta matanza sobrevivieron á ella dos ó tres días, al cabo de los cuales espiraron en medio de tormentos tanto mas horribles cuanto que nadie acudió á prestarles ninguna suerte de socorros¹. »

El objeto que se proponían los autores de estas revueltas y atrocidades era el fatigar y desmoralizar con ellas á los habitantes del mediodía, naturalmente muy irritables y prontos á tomar venganza, y hacerles desear el sosiego de la esclavitud. Enconaban los partidos unos contra otros, los ponían en una continua y encarnizada pugna, y les hacían cometer acciones horribles, para poder decir con apariéncia de razon: *¡He aquí los desórdenes y atentados que ha causado vuestra revolución, he aquí la sangre que ha hecho derramar!*

Fuera de esto el gabinete de Londres tenía un doble interes en estas revueltas; le tenía por una

se han impreso dos estados nominales de los muertos, que dan por total el número de ciento treinta y cinco.

¹ Mémoires de Louis-Antoine-Philippe d'Orléans, duc de Montpensier, pág. 146 y sig.

parte en impedir las negociaciones de paz que habian comenzado á entablar algunas potencias con la república francesa, y por otra no le interesaba menos el apoderarse segunda vez de la ciudad y escuadra de Tolon. Parece que este era el proyecto de los que sublevaron á los trabajadores de Tolon, los cuales, ignorantes y alucinados, creian prestar un servicio á la libertad al mismo tiempo que le prestaban sin saberlo, á los Ingleses; los inducian á pedir que volviese á entrar la escuadra de quince navíos de línea que se hallaba en la rada, con el designio de apoderarse de ella y entregarla en seguida á los Ingleses. Los representantes Chiappe y Nion rehusaron constantemente acceder á esta insidiosa peticion, y su resistencia desbarató el plan de nuestros enemigos, sin hacerles con todo eso renunciar á sus esperanzas, ni á sus proyectos.

Volvamos á Paris donde no faltaron tampoco sucesos notables. En la sesion del 21 de pradiar subió á la tribuna Sevestre, miembro de la comision de seguridad general, y dijo que hacia algun tiempo que el hijo de Luis XVI se hallaba incomodado con un tumor en la rodilla derecha y otro en la muñeca izquierda; que el 15 de floreal habiendo aumentado los dolores y perdido el enfermo las ganas de comer, se le habia confiado al cuidado del célebre Desault, primer cirujano del hospital llamado Hôtel-Dieu, hombre de tanta probidad como ilustracion; y que aunque de nada podia carecer, el mal resistia á todos los socorros del arte. El 16 de

pradiar murió este médico, y por nombramiento de la comision le sucedió M. Pelletan, bien conocido por sus talentos, y se le dió por adjunto á M. Dumangin, primer médico del establecimiento llamado *Hospice de santé*. El parte que pasaron estos dos médicos en la mañana del 20 de pradiar daba mucho cuidado sobre la situacion del enfermo; á las dos y cuarto espiró este jóven príncipe.

El 21 á las cuatro y media de la tarde los médicos Dumangin, Pelletan, Lassus y Juan Roi pasaron á abrir el cuerpo del difunto, y en virtud de un acuerdo de la comision de seguridad general extendieron una declaracion, cuyo tenor es el siguiente:

«Habiendo llegado á las cuatro y once minutos de la mañana á la puerta exterior del Temple, hemos sido recibidos en ella por los comisarios que nos han introducido en la torre. Luego que hubimos llegado al segundo alto, hemos entrado en una habitacion en cuya segunda pieza hemos hallado en una cama el cuerpo muerto de un niño que nos ha parecido de edad de unos diez años, que los comisarios nos han dicho ser el hijo del difunto Luis Capeto (Luis XVI), y que dos de nosotros han reconocido ser el niño que asistian hace algunos dias. Los susodichos comisarios nos han declarado que este niño habia fallecido la víspera á cosa de las tres de la tarde; en vista de lo cual hemos procurado verificar las señales de la muerte

que hemos hallado caracterizadas por la palidez universal, el frio de todas las partes del cuerpo, la rigidez de los miembros, los ojos empañados, las manchas violadas que se hallan ordinariamente en la piel de los cadáveres, y sobre todo por una putrefaccion incoada en el vientre, en el escroto y en la parte interior de los muslos.

« Antes de proceder á la abertura del cuerpo hemos notado una extenuacion general que es la del marasmo; el vientre estaba extremadamente tirante y meteorizado; en el lado interno de la rodilla derecha hemos notado un tumor sin alteracion de color en la piel y otro tumor menos voluminoso sobre el hueso radio cerca de la muñeca del lado izquierdo; el tumor de la rodilla contenía cosa de dos onzas de una materia pardusca, putriforme y linfática, situada entre el periostio y los músculos; el de la muñeca encerraba una materia de la misma naturaleza, pero mas espesa.

« Al abrir el vientre vimos derramarse mas de un azumbre de serosidad purulenta, amarillenta y muy fétida; los intestinos estaban meteorizados, pálidos, adherentes unos á otros, como asimismo á las paredes de esta cavidad; estaban salpicados de una gran cantidad de tubérculos, de diversos tamaños, y que al abrirlos han presentado la misma materia que los depósitos exteriores de la rodilla y de la muñeca.

« Los intestinos, abiertos en toda su longitud estaban muy sanos interiormente y no contenian sino

una pequeña cantidad de materia biliosa. El estómago nos ha presentado el mismo estado; estaba adherente á todas las partes circunstantes, pálido por afuera, sembrado de pequeños tubérculos linfáticos, semejantes á los de la superficie de los intestinos; su membrana interna estaba sana, como asimismo el piloro y el esófago; el hígado estaba adherente por su convexidad al diafragma, y por su concavidad á las vísceras que cubre; su sustancia estaba sana, su volúmen era el ordinario; la vesícula de la hiel estaba medianamente llena de una bilis de color verde oscuro. El bazo, el páncreas, los riñones y la vejiga estaban sanos. El omento y el mesenterio, desprovistos de gordura, estaban llenos de tubérculos linfáticos, semejantes á los otros de que hemos hablado. Tumores semejantes estaban diseminados en el grueso del peritóneo, que cubre la cara interior del diafragma. Este músculo estaba sano.

« Los pulmones adherian por toda su superficie á la pleura, al diafragma y al pericardio; su sustancia estaba sana y sin tubérculos; solo habia algunos al rededor de la traquiarteria y del esófago. El pericardio contenia la cantidad ordinaria de serosidad; el corazon estaba descolorado, pero en su estado natural.

« El cerebro y sus dependencias se hallaban en la mas perfecta integridad.

« Todos los desórdenes que acabamos de referir circunstanciadamente, son evidentemente el

efecto de un vicio escrofuloso, que existia hace mucho tiempo, y al cual se debe atribuir la muerte del niño.¹»

El 24 de pradial el comisario de policía de la seccion del Temple hizo poner en un ataúd el cadáver de este príncipe, á quien daban fuera de Francia el título de rey y el nombre de Luis XVII, y trasladarle inmediatamente al cementerio de Santa-Margarita, calle del arrabal de San-Antonio, donde fue sepultado, habiendo escoltado el acompañamiento, de distancia en distancia, algunos destacamentos de infantería.

Luis Estanislao Javier de Francia hermano de Luis XVI y tío del difunto príncipe sucedió á este en el título de rey de Francia, que tomó bajo el nombre de Luis XVIII al punto que le llegó la noticia de esta muerte.

Mientras que en Paris se celebraban con sencillez las exequias de este jóven príncipe se, supo en esta capital que se habia rendido Luxemburgo, una de las plazas mas fuertes de Europa, no pu-

¹ Podrá parecer superflua esta declaracion que se insertó en los diarios de aquel tiempo y se imprimió separadamente; pero si se atiende á la calidad del difunto, á las diversas opiniones emitidas sobre las causas de su muerte, y á las dudas que se suscitaron sobre la realidad de esta, se juzgará necesaria la publicacion de este documento. Se sabe que en 1818 *Mathurin Bruneau*, suponiéndose hijo de Luis XVI sedujo á muchas personas, y que muy recientemente, en el mes de mayo de 1824 pareció otro impostor en Washington, ciudad de los Estados - Unidos de América, anunciándose como el hijo del mismo rey, y asegurando que poseia todos los documentos propios para probar esta filiación. (Véase el Constitucional del 24 de junio de 1824.)

diendo resistir mas tiempo al ejército frances. Ya el 13 de pradial habia pedido capitulacion el general Bender; se firmó esta el 18, y el 24 á las cinco de la mañana se vió la plaza enteramente evacuada, quedando prisionera la guarnicion, compuesta de unos doce mil Austriacos. Dejaron estos en poder de los Franceses veinticinco banderas, ochocientas diez y nueve bocas de fuego, diez y seis mil doscientos cuarenta y cuatro fusiles, y una gran cantidad de bombas, balas de cañon y pólvora.

La convencion se ocupaba infatigablemente en restablecer el orden en la hacienda pública y en la legislacion; en discutir el código hipotecario, en fortificarse contra los ataques de los enemigos de la república; y meditaba al mismo tiempo los principios que debian servir de bases al plan de constitucion que se habia de presentar á la aceptacion de los Franceses. El 5 de mesidor leyó el diputado Boissy-d'Anglas un informe muy satisfactorio sobre esta materia. Tambien se ocupaba esta asamblea en las instituciones científicas con el puro y laudable objeto de fomentar el progreso y perfeccion de los conocimientos humanos, y de acrecentar con esta impulsión la gloria de la nacion francesa. No se preveia entonces que algunos hombres, cortos de vista, deslumbrados con una masa de luces que, al mismo tiempo que aprovechan á las ciencias, extienden tambien el imperio de la razon, y ponen en claro las necesidades de la

supersticion y los crímenes del poder; que estos hombres, digo, amigos de las tinieblas, y á quienes es importuno el resplandor de estas luces, harian tentativas para apagarlas por medio de manejos torpemente encubiertos ¹.

El 7 de mesidor oyó la convencion con mucho interes al diputado Gregoire, que en nombre de las comisiones de marina, de hacienda y de instruccion pública leyó un informe muy sabio sobre el establecimiento de una *junta de longitudes*.

El establecimiento de la junta de longitudes ha sobrevivido á las vicisitudes políticas, y subsiste todavía.

En la sesion del 12 de mesidor dió la convencion el decreto siguiente: «La convencion, despues de haber oido el informe de sus comisiones reunidas de salud pública y de seguridad general, declara que el mismo instante en que los cinco representantes del pueblo, el ministro, los embajadores franceses y las personas de su comitiva, entregados al Austria ó detenidos y arrestados por sus órdenes, sean puestos en libertad y hayan llegado á los límites del territorio de la república, la hija del último rey de los Franceses será entregada á la persona que el gobierno austriaco dele-

¹ *No nos sobran sino sabios*, decia poco tiempo ha, al negar una recompensa debida á un hombre útil á la ciencia, un ministro mas apasionado que instruido, mas dispuesto á deprimir la especie humana que á ilustrarla.

que para recibirla, y que los demas individuos de la familia de los Borbones, actualmente detenidos en Francia podrán tambien salir del territorio de la república.

Se ve, pues, que se habian entablado negociaciones para cangear y dar libertad á los prisioneros de una y otra parte. Sin embargo no se efectuó hasta mucho mas tarde el cange de que trata el decreto preinserto ¹.

Mientras se mandaba restituirse al seno de la convencion á aquellos representantes que habian sido enviados á los departamentos, á fin de que pudiesen cooperar al acta constitucional, cuyo plan se empezaba á someter á discusion; mientras José Lebon, de odiosa memoria, pronunciaba su ineficaz defensa ², nuestros ejércitos de tierra continuaban cubriéndose de laureles, y los de mar mostrando en sus operaciones mas bien valor y patriotismo que no aquel conjunto ó armonía que afianza su buen éxito.

En los Pirineos orientales derrotó el general Augereau el 7 de pradiel sobre las alturas de Pontos á diez mil hombres de infantería española y mil y doscientos de caballería.

El 26 de pradiel ganó Scherer la batalla del Fluviá en los mismos Pirineos orientales, deshizo á veintiocho mil Españoles, de los cuales

¹ Véase el tomo II, pág. 410 y tom. III, pág. 195.

² En la sesion del 22 de mesidor dió la convencion contra él un decreto de acusacion.